

Manuel Álvarez Ortega no ha gozado, hasta la fecha, de la atención que su obra merece, tanto por parte de la crítica militante como del público especializado en poesía. Sería difícil hallar su nombre y sus poemas en las antologías al uso y al abuso que la especial conformación editorial de nuestro país nos ha ofrecido en los últimos veinte años. Personalmente, creo que su ausencia del «primer plano de la actualidad» no se debe tanto a una ceguera o mala fe de los «factotums» de las modas y modos literarios, como a una simple —y a la vez aterradora— ignorancia por parte de los mismos. Ignorancia que hoy será más difícil aducir y justificar.

Martín Vilumara

Informaciones de las Artes y la Letras (21-9-72)

La obra completa de un creador que mantuvo su personalidad a todo trance durante las horas del realismo que dominaban la escena literaria con el absolutismo propio de las modas exclusivistas y dogmáticas.

Sus devociones hacia una poesía universal lo alejaban de los poetas venerados por sus compañeros de generación, muchos de los cuales sólo veían magisterio en figuras de alto ejemplo humano en sus vidas, pero de obras poéticas ingenuamente triviales, de un provincianismo irritante y sobre todo de unos medios expresivos de indigencia suma. Aquellos que confundían la poesía con las buenas intenciones, o con un ejercicio de moralidad, no podían comprender una poesía como la de Álvarez Ortega.

Marcos Ricardo Barnatán

Antología (1941-1971)

M. Álvarez Ortega. Plaza y Janés

Manuel Álvarez Ortega, cordobés, volvió la espalda a su paisano, Luis de Góngora y Argote, que tenía prestancia de zapatero y expresiones líricas de barítono. Por eso Álvarez Ortega es poeta para todos los continentes, y en estos, para los que desean que el hombre se parta el corazón para escribir, cantar o poner su bandera donde los vientos sean más fuertes y violentos. O más zumbantes. Es el poeta que estila y ventila una manera universal de empujar con el verso y definir estados del alma plásticos y de hondas raíces humanas. Sin laguillos ni sonnetes académicos. Es poeta respondedor, al modo de Whitman, pero de hondas bases ibéricas, wikingo aireado por los soplos helenos y los latinos. Porque Álvarez Ortega es poeta que anuncia la buena nueva de todos los tiempos con los sonos de un cuerno de caza.

Medina González

Manuel Álvarez Ortega, nunca estuvo al socaire de una consigna. Nunca en ningún redil o dehesa más o menos literaria, bandería o grupo. Pienso que el poeta debe ser así. No aceptar el conformismo, como tampoco la sistemática y ciega oposición. Hay una dimensión de continentalidad en todos los grandes del espíritu poético. La obra de Álvarez Ortega hay que juzgarla por sus frutos, no por las peripecias que jalónaron un proceso hecho de sombras, de bondad o de pecado. En definitiva lo que cuenta son los resultados, el balance que pesa en la Historia. Lo que un poeta, como Álvarez Ortega, ha dado de sí —con una personalidad intrasferible— en un ámbito poético donde se obtenía más beneficio aceptando la primacía de una cultura, que rebelándose contra la servitud y vasallaje, ha sido una obra única, consecuente y a contrapelo con la sociedad literaria de su tiempo.

Francisco Gálvez

RENACER EN LA ESENCIA

¿No ponemos acaso el empeño en aquello que es nuevo?

Así sujetamos nuestros ojos a querencias que surgen del silencio con propia luz y adhieren a la verdad su lengua; nos contemplamos en la poesía que bosteza su cansancio frente a estirpes falsas de poetas, frente a tanta vanagloria orillada a muerte segura, a encumbramientos fanáticos de torpes culturas y maneras.

MANUEL ALVAREZ ORTEGA, poeta cordobés con el que hoy unimos nuestra mano, nos envuelve con su verso en un eco de certidumbres abiertas al aire, en un discurrir onírico de raíces profundas asentadas sobre el hombre y su enigma, desvaneciendo la palabra y la sombra en deseo, dejando latente la convicción aplastante de su intuición y saber hacer poético.

MANUEL ALVAREZ ORTEGA, hondo mineral arrancado del silencio, poesía debatida en olvido, renaciendo cuando hoy muere tanto verso en infartos de imágenes, desconocido en «galerías», poeta por su empeño que le renace cada vez que el silencio le hunde en el fondo de su propia esencia.

José L. Amaro Peña

LA BLANCURA COMPLETA, TU INMOVILIDAD DE TIZA

LA blancura completa, tu inmovilidad de tiza, el adorno desordenado de tus pómulos, ese círculo que acompaña tu noche como un astro paralizado en medio de tu pupila, el valle de cifras que delata cuanto de tu torpe cabeza se desprendió,

ahí están, sin distinción alguna, bajo la antorcha apagada que tus manos sostiene, maniquí coronado por las agujas que desprenden los espejos del día, ola abierta en la inalcanzable oscuridad.

Pero cada hora es una hoguera que se extingue, el juego de un alambique que destila su pleamar de voces y despedidas, el cingulo de piedra que de un muro remoto se desprendió, ahora y siempre así, cortejo acusados de la carne, resplandor del martirio.

Y tú, haz de alfileres concentrado, como una mano desnuda que señala la oquedad en donde el sexo se pulveriza, abres tu itinerario de obscenas vaguedades, te haces un alacrán oscuro que niega su lágrima, el triunfo alucinante de su consumación.



BENDECIDOS POR LA SOMBRA, EN MEDIO DE LA
FANTASMAL BOVEDA

BENDECIDOS por la sombra, en medio de la fantasmal bóveda, antes que el cortejo de harapos presente sus credenciales, hagamos de la muerte una dama ejemplar, una imagen sin sexo, algo cuya veneración sea tan honda como el olvido y cuya promesa tenga dispuesta su veneno o su cárcel.

Todas las noches sean una misma noche, y en ella, apartando cortinas, saludando invenciones, pongamos nuestra espera en manos de los guardianes que se nombren, los hábiles espectros que nos conduzcan al lugar donde siempre existe la misma luz, donde al final, hallada la victoria, está la hidra en su invernáculo, segura de su oficio, majestad única, esclava de sí en su magisterio, verdugo último.

Solo así, igual que por un túnel prohibido no pasa nombre alguno, llegaremos a conocer la verdad, el tiempo en su palidez escondido, el infinito sin fin de inviernos y veranos que cruzarán nuestra piel, dentro del arca florida en donde papeles, sedas, cins y cruces nos hablan del heroico cadáver que ya somos.

COMO UN PÁRPADO CERRADO POR EL PESO
DE LA NOCHE

COMO un párpado cerrado por el peso de la noche, así salta de la pared la espina de desgracia que hacia tus huesos se dirige, así testifica sus lágrimas el candelabro que, sobre tu frente de estrella consumida, idealiza el naufragio de tu quietud culpable, la ligereza con que las llamas cabecean sus negaciones, y, al fondo, sobre la alarma de tu remordimiento, aliento solo la cruz de efímero aluminio, así completas el paraíso trashumante en donde tu ley descarga el poder de su hazaña.

Ningún enigma se salvará de este anegado precipicio. Sea o no lava ardiente la duda que resbala por la ladera hacia el peligro, tu palidez dejará manchado para siempre el nido en donde las víboras de placer se consumieron. Pero cuando la superficie del sueño se llene de sobresaltos y el mapa que ilustra las alas del olvido se desdibuje,

baja de nuevo hacia este lecho, siéntate a la mesa de esta memoria que a sus víctimas agrupa, y, en el coro final, obedece al más pequeño de los servidores, al que no tiene rostro ni voz visible, y come despacio de este alma que entre todos, con mentiras, mitos y maleficios, arquitectos diabólicos, hemos construido.

SI TUVO PATRIA, ESTA FUE: UN REDONDEL DE OLVIDO

SI tuvo patria, esta fue: un redondel de olvido, una lengua encarcelada por la costumbre, un largo viaje por la habitación poblada de disfraces, un lecho donde la paciencia descarga sus golpes, cuando las lámparas se suicidan en el amanecer de las cornisas y los cabellos dejan discurrir al azar sus ruinas o los espejos dejan caer sus frustraciones con un desvarío intermitente.

En ese frío andén, ahora, cuando la esfinge que fue se despuebla como una ciudad al sol del verano, y una llama lunar se bendice con el detritus de muchas cabezas acumuladas, si alguna vez tuvo patria, sea esta fosforescencia de desierto imprevisto, esta rotación de piedras malvestidas por las lágrimas, un péndulo de sales y poleas que entreabren la puerta de un abismo,

allí donde el simulacro del deseo emerge de unas manos hechas tinta, donde el polvo o la ceniza abiertamente en los muros se conjugan, y, entregadas a la resignación, unas damas de terciopelo transparente preparan la cena para un cuerpo extranjero que regresa al hogar cubierto de tentaciones y cicatrices.

Manuel Alvarez Ortega nació en Córdoba en 1923. En 1949 fundó la revista y colección de libros «Aglæ». En 1961 y 1969 fue pensionado por la fundación Juan March para realizar estudios sobre poesía francesa contemporánea. En 1963 obtuvo un accésit del Premio Adonais, y en 1967 el Premio «Fray Luis de León» del Ministerio de Educación y Ciencia. Es autor de antologías de la poesía belga y francesa contemporáneas, y traductor de Saint-John Perse, Patrice de la Tour Du Pin, Victor Segalen y Paul Eluard. Ha publicado también cuentos, teatro breve y trabajos de crítica.

LIBROS DE MANUEL ALVAREZ ORTEGA

Poesía

- LA HUELLA DE LAS COSAS.** Imprenta Ibérica. Córdoba, 1948.
CLAMOR DE TODO ESPACIO. Colección «Aglæ». Córdoba, 1950
HOMBRE DE OTRO TIEMPO. Colección «Aglæ». Córdoba, 1954
EXILIO. Colección «Adonais». Ediciones Rialp. Madrid, 1955.
DIOS DE UN DIA y TIEMPO EN EL SUR (Un solo volumen). Colección «Palabra y Tiempo». Taurus Ediciones. Madrid, 1962.
INVENCIÓN DE LA MUERTE. Colección «Adonais». Ediciones Rialp. Madrid, 1964.
DESPEDIDA EN EL TIEMPO. Colección «Pájaro Cascabel». México-Madrid, 1967.
OSCURA MAREA. Publicaciones de la librería anticuaria «El Guadalhorce». Málaga, 1968.
OFICIO DE LOS DIAS y REINO MEMORABLE. (Un solo volumen). Colección «Arbolé» Editorial Oriens. Madrid, 1969.
CARPE DIEM. Colección «Provincia». Institución Fray Bernardino de Sahagún. León, 1972.
ANTOLOGÍA (1941-1971). Colección «Selecciones de Poesía Española». Plaza y Janés. Barcelona, 1972.
TENEBRAE. (Texto íntegro). Separata «Cuadernos Hispanoamericanos» Instituto Cultura Hispánica. Madrid, 1973.

ANTOLOGIAS

- POESÍA BELGA CONTEMPORÁNEA** (Con otros traductores). Selección de Edmond Vandercammen y Karel Jonckhere. Colección Literaria. Aguilar Ediciones. Madrid, 1966.
POESÍA FRANCESA CONTEMPORÁNEA (Texto bilingüe). Colección Sillar. Tauros Ediciones. Madrid, 1967.

TRADUCCIONES

- CRÓNICA**, de Saint-John Perse (Texto íntegro). Revista «Poesía Española». Madrid, 1960.
PICASSO y SUS AMIGOS, de Fernando Oliver. Colección «Temas de España». Tauros Ediciones. Madrid, 1964.
SALMOS, de Patrice de la Tour du Pin. Colección «Selecciones de Poesía Universal». Plaza y Janés. Barcelona, 1972.
ANTOLOGÍA, de Guillaume Apollinaire. Colección Visor. Alberto Corazón, editor. Madrid, 1973.
ESTELAS, de Victor Segalen. Colección Visor. Alberto Corazón, editor. Madrid (en prensa).
EL AMOR LA POESÍA, de Paul Eluard. Colección Visor. Alberto Corazón, editor. Madrid, (en prensa).

ANTORCHA DE PAJA

Albéniz, 24-1.º CORDOBA (España)
Edita: Francisco Gálvez
Intervienen en la producción:
Jesús L. Amaro Peña y Rafael Madueño de la Torre